

Sergio Ruiz Trejo

UAEM, Escuela de Artes Escénicas

## Epistemología de la escucha: Cineclubismo y aprendizaje en comunidad

### Resumen

El presente trabajo aborda a la exhibición cinematográfica comunitaria como posibilitadora de conocimiento a través de la escucha y la resonancia que se genera en las charlas de los cineclubes. Se propone la epistemología de la escucha como acto social más allá del sentido semántico del lenguaje y se aborda como aprendizaje con y en la percepción.

*Nadie educa a nadie – nadie se educa a sí mismo -,  
los hombres se educan entre sí con la mediación del mundo*

Paulo Freire

Son comunes las disertaciones en cuanto al cine como actividad colaborativa, y las implicaciones que esto tiene. Es muy importante, desde mi punto de vista, el realce que tienen estas reflexiones sobre la característica principal del cine: que no lo puede hacer una sola persona, sino que necesita de otros. Hay trabajos importantes al respecto, sobre todo al pensar a la cinematografía como un arte o como el arte que es capaz de aglutinar otras artes y, el cómo surgen necesarios cuestionamientos a la idea de autor, tan puesta en crisis en el siglo XX, principalmente por Walter Benjamin; puesto que, al ser una suma de varios factores, es difícil rastrear a quién pudiera atribuirse el crédito máximo que ostentan las artes concebidas en epistemes previos al siglo XX; ya que antes existían estas nociones sobre artista genio, autor y autoridad, y actualmente, al menos con la cinematografía,

esto queda profundamente cuestionado, a pesar de que el papel del director sigue siendo, para afuera, como el de la importancia máxima.

Sin embargo, en este momento me gustaría compartir algunas observaciones sobre estas actividades colaborativas del cine, pero esta vez sobre la exhibición. Me refiero a poner en reflexión al cine como elemento socializante, desde su concepción hasta que es completado el círculo de consumo por quien lo ve y quien lo escucha. Es decir, me atrevo a proponer que el cine, al ser el arte más importante, o al menos de mayor relevancia, del siglo XX, se convirtió a sí mismo, en la expresión que necesariamente genera conexiones y tejidos humanos que, entre otras cosas, dan pie a construir el mundo que actualmente vivimos en el siglo XXI.

Me atrevo a pensar, además, que la socialización de la experiencia en la exhibición cinematográfica, no sólo genera vínculos afectivos o de cohesión del tejido social, sino que, los usuarios, al tener dispuestos los oídos y al estar con la apertura para compartir los pensamientos generados por las películas vistas en comunidad, se genera reflexión, entendimiento y, sobre todo, conocimiento compartido.

Trataré de explicarme: si pensamos al filme como artefacto, como sumatoria de ideología, ideas, resistencias, apuestas y fantasías, no soy el primero en pensar al cine como conocimiento en sí. Se han generado grandes ensayos apuntando a la epistemología del cine; es decir, al qué podemos conocer a través de ver y escuchar películas y cómo la película misma es texto, ensayo, tesis o disertación. Apunto a esto, también, porque es una expresión que se mantiene abierta a interpretaciones desde diferentes disciplinas, es así que encontramos seminarios, talleres, conferencias, coloquios, ensayos y disertaciones en torno a hablar de filosofía, psicoanálisis, género, historia, política, estética, ética, bioética o cualquier cosa, conocimiento o relación que se dé a través del cine. Esta posibilidad del cine de ser objeto de las más grandes exégesis, habla más de quien las ejecuta que de la película en sí. Es decir, pienso que las interpretaciones que podemos deducir o inducir de lo que estamos viendo o escuchando, van a, más que a mostrarnos un conocimiento nuevo, revelar los conjuntos epistémicos que tejen nuestra ideología y modo de percibir la vida y, por supuesto, nuestra forma de ejercer lectura del texto-

filme. Claro que hay un aprendizaje en ser espectador de películas, pero, como apunta Jacques Rancière, una sobre exégesis es colonial, en el sentido de que se fuerza, en este caso a la película, a decir lo que realmente queremos decir nosotros. Es ahí cuando ver cine se convierte en una validación argumental a algo que veníamos sosteniendo y eso, fuera de los usos pedagógicos que puedan existir, se podría considerar en un mecanismo para algo de lo que se le ha acusado al cine: de servir como propaganda.

Fuera de querer generar una actitud crítica respecto a los análisis cinematográficos, el punto de esta participación tiene más que ver con la construcción de espacios donde las relaciones de los participantes sean lo más horizontales posibles; es decir, sitios de exhibición cinematográfica donde no sea tan relevante la figura, como en este caso, de un ponente o de un conferencista sino la participación de todos y todas las que vieron y escucharon la película. Me refiero, claro, a los cineclubes que siguen una lógica de sociabilidad. Esto, con la intención de proponer a estos espacios como centros de creación de conocimiento, en tanto que es posible afirmar con toda seguridad que el conocimiento no se encuentra solo en la legitimación académica, sino en cada persona que recoge diferentes experiencias del mundo y, por tanto, información y conocimiento que puede ser enunciado, compartido y asimilado por otras personas.

¿Pero qué de especial tiene un cineclub con alguna charla cualquiera sobre cualquier tema en un espacio indefinido? Y ¿Cuál sería, entonces, la diferencia de lo que pasa con los cineclubes con un ensayo, una tesis, un filme que hable de otro filme o ponencias como esta? Trataré, no contestar estas interrogantes, sino abundar más en las dudas. A partir de experiencias personales vividas al poner en marcha, junto con otras compañeras, un cineclub en esta ciudad, a la par de algunas referencias dadas con algunos autores que, en lo personal, me ayudan a construir un esquema teórico a mis intuiciones, pienso que existe una profunda diferencia entre ver y escuchar una película en casa, solo, que hacerlo en un espacio reservado para eso, con otras personas. Sé que puede ser un tanto extraño que el simplemente estar en presencia de alguien más, en silencio, mientras uno percibe una película, detone un cambio sustancial en la apreciación de esta, pero creo que

se gesta una responsabilidad compartida y tácita en estos lugares oscuros, en el sentido de que, si bien lo expuesto en pantalla y sonido puede ser inmersivo, uno no deja el cuerpo completamente y somos sensibles al pequeño rechinar de la silla del otro, un quejido leve, risas contagiosas donde uno normalmente no se hubiera reído, incluso hasta la respiración en la nuca. En casa es más fácil obtener un tipo de comodidad donde se puede pausar la reproducción, donde puedes levantarte por algo de comer o detenerte a revisar el celular. El cine, en una proyección compartida de alguna manera nos dispone a ser responsables de la experiencia del otro y, por ende, terminamos siendo responsables de nuestra propia experiencia. Algo sucede desde el cuerpo, como pensaría la fenomenología de Jean-Luc Nancy, como si la oscuridad permitiera una sensibilidad ante el espacio acústico, en respeto del diseño sonoro compartido; si uno saca el celular lo hace con cierta culpa con respecto al brillo y la incomodidad; las reproducciones no se detienen y todo gira en torno a la pantalla y al sonido, los cuerpos parecen respetar una sola voluntad. No pretendo, sin embargo, hacer una defensa nostálgica o plantear reglas sobre cómo debe verse y escucharse el cine, estoy seguro que los nuevos medios de distribución permiten otro tipo de experiencias y aprendizajes, simplemente trato de evidenciar que la proyección cinematográfica compartida es atravesada por una epistemología desde la percepción. A pesar de que las proyecciones compartidas son inquietantes para mí, lo verdaderamente importante, creo, sucede al finalizar la proyección: las luces se encienden y la gente se mira, si es un cineclub comienza el diálogo.

Heidegger hablaba al respecto del diálogo, de la voz, del habla como forma a través de la cual nos revelamos ante el mundo; uno tiene presencia física y puede convivir, de alguna manera, en silencio y, sin embargo, no es hasta que nuestra voz se escucha cuando se manifiesta, de alguna forma, nuestro *ser*. ¿De qué otra manera podríamos comunicarnos si no es a través del lenguaje lo que somos, sentimos o pensamos? Él creía en una especie de lenguaje más allá del lenguaje, un lenguaje primordial, por así decirlo y, aquí es donde yo lo conectaría con una idea que me parece fascinante y surgió varios años después: la resonancia, como la piensa Jean-Luc Nancy. Él pensará en la resonancia, a través del sonido, como

esta forma de comunicación que excede al lenguaje y que es un entendimiento de alguna forma metalingüístico. Una forma de comunicarnos más allá de lo que dicen nuestras palabras en un sentido estricto o semántico. La resonancia funcionaría más a nivel intuitivo o de percepción corporal más que a nivel racional. Pienso que estaría más cercano al plano emotivo o sentimental que al nivel intelectual, pero que de, alguna forma, resuena una con la otra. Digo todo esto porque he podido constatar en las charlas de los cineclubs cómo es posible crear un entorno donde la mayoría sean participativos y esto tiene implicaciones muy especiales sobre la película misma que se proyectó y lo trataré de explicar.

En las exhibiciones de los cineclubs puede ocurrir que se invite a un ponente o a los realizadores, o alguien con cierta autoridad para hablar al respecto de la película; he podido asistir a proyecciones donde se desmenuza el contenido y se nos orienta para detectar un estilo estético, ideologías imperantes en la realización, alguna idea filosófica, relaciones psicoanalíticas en los personajes y un sin fin de etcéteras. O, por otro lado, simplemente hay una persona o personas que intentan detonar que los participantes hablen de la película, y esto, en mi experiencia, es sumamente difícil, pero una vez que se logra realizar la pregunta adecuada, trayendo o conectando las temáticas de la película con cosas que pudieran estar viviendo los asistentes en su vida cotidiana, las personas, como lo dijera antes, sienten la confianza de manifestar su ser, sobre todo porque se generan las condiciones de escucha social para hacerlo.

Según el manual de cineclubismo que se divulga por el mundo, pero fue realizado en Chile, cuando existe público diverso, con edades, modos de vivir, estrados sociales o epistemes generales, las charlas, y las películas adquieren una nueva dimensión donde la película funciona como un vehículo y detonador para poder, en primera instancia cuestionar aspectos de la vida cotidiana que se tienen naturalizados, pero al momento de hablar se articulan también diálogos internos y conexiones que afianzan las reflexiones que van surgiendo; a la par, otros escuchan y esto supone en sí mismo un ambiente donde, al menos por un momento, todos se están emparejados. Sobre esto, son muy importantes las reflexiones de Lenkersdorf, quien, en su libro, "Aprender a Escuchar" disecciona lo que supone tener una actitud

de escucha; una de los puntos más importantes que hace es cuando hace referencia a los pueblos maya-tojolabales y cómo el construir ideológicamente a la escucha como detonador de sociedad, permite anular las jerarquías que están tan afianzadas en el mundo occidental. Es decir que, escuchar a alguien, supone que ese alguien está al mismo nivel que yo, y de alguna forma eso nos permite una socialización de pares muy distinta a quienes normalmente ostentan un micrófono, o el papel de supuesta autoridad ante ciertos temas. El escuchar o escucharnos supone también una respuesta por parte de los otros y eso genera un desvanecimiento de las imágenes creadas alrededor de ese otro, ya sea por estereotipos o prejuicios. Entonces, es curioso poder ver personas que aparentemente no tendrían ninguna relación compartir el espacio acústico y, sobre todo, exponer las impresiones, sensaciones e historias que detonó la película. En ese momento, la escucha se contrapone a la exégesis en el sentido de que la exégesis sería la interpretación de algo, la escucha del otro sería al otro hablando desde sí, con su voz y con el sentimiento apegado a ese sonido compartido. Y, lo que importa acá, es que estas experiencias compartidas son capaces de generar un conocimiento que no sea la repetición o la validación de lo que uno ya supone como cierto o válido. Me trato de explicar: si uno trae pegada una idea sobre algún tema que sea, y sale, para distraerse a ver una película, es muchas inevitable que, el pensamiento que ya andaba con nosotros previamente, se ajuste y se adecúe a la película y, de cierta forma reafirme nuestra visión. Pero ¿qué podría pasar en el caso de un cineclub, donde hay personas completamente diferentes a nosotros? Estas personas compartirán, quizás, experiencias diametralmente opuestas a lo que uno ya suponía, y, al tener esta disposición al diálogo, al anular momentáneamente el diálogo interior para estar, como diría Jean-Luc Nancy, *A la Escucha* del otro, al escucharlo de viva voz y saber que no miente y que hay una o varias razones para que piense como piensa, vivir la resonancia de lo que nos está comunicando, estaremos asistiendo a una epistemología compartida.

Todo esto que digo, ya lo han dicho, de otra forma diferentes personas. En este momento quiero traer a Paulo Freire y el cómo argumenta lo que dije al principio: que nadie educa a nadie, nadie se educa solo, todos aprendemos de todos, entre

todos. Esa afirmación es un cambio paradigmático porque nos hace entender, así como el cine es una actividad colaborativa, que la exhibición colaborativa y la charla alrededor de ella, nos ayuda a superarnos en compañía, que sólo a través del compañerismo, de la apertura, del interés por el que muchas veces consideraríamos indigno de nuestra atención, tendremos aprendizajes que no sean una repetición de lo que ya sabemos o creemos saber, como dice Byung-Chul Han en la “Expulsión de lo Distinto”. En estas tierras, en Toluca, tenemos que aceptar que vivimos en una sociedad poscolonial donde persisten actitudes de opresión, de racismo, de clasismo, homofobia, misoginia, entre otras violencias que están arraigadas. Entonces, a través de contenido fílmico que sea capaz de retratar estas posturas, más espacios donde se pueda compartir el habla y la escucha, donde se entienda que el otro es un sujeto con sentimientos y pensamientos, es posible deconstruir poco a poco los complejos que nos aquejan y que lastiman la convivencia social. A través de la escucha y del habla podemos darnos cuenta que el otro también tiene miedo de la violencia o del que es diferente y eso nos pone en igualdad de circunstancias. En otro trabajo de Carlos Lenkersdorf, se habla al respecto de cómo filosofar desde la escucha, desde el otro, desde un nosotros y no en un yo que es, desde muchos puntos de vista, la forma principal de pensar estos tiempos y recoge, justamente estas experiencias que parecen utópicas donde lo principal es reconocerse a través del otro, en el otro. Nancy, hablará al respecto de la resonancia como este vibrar consigo, vibrar en sí, con el otro, en movimiento empático y, para esto, hace falta tener los oídos tendidos hacia, abiertos, apertura y comunicación.

El cine, en suma, me parece que reafirma esta forma colaborativa que caracteriza la realización donde mucha gente se tiene que poner de acuerdo, para conformarse como un ente de sociabilidad y entendimiento, donde lo importante, a veces y desde mi punto de vista, no es tanto el tratamiento de la imagen, del discurso o del sonido, sino qué es capaz de poner en cuestionamiento, qué tanto abre las posibilidades de un diálogo consigo mismo, con el mismo cine, y con otras personas que no necesariamente pertenecen al quehacer cinematográfico, y eso, reafirma su condición colaborativa, donde somos capaces de aprendemos juntos.

## Bibliografía

Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno.

Han, B. (2015). *La expulsión de lo distinto*.

Heidegger, M. (n.d.). *El ser y el tiempo*.

Nancy, J. (2006). *Ser singular plural*. Madrid: Arena Libros.

Nancy, J. (2007). *A la escucha*. Buenos Aires: Amorrortu.

Rancière, J. (2010). *El Espectador emancipado*. Castellón: Ellago.